

*A los miembros de la Congregación de la Misión*

Mis queridos hermanos:

¡La gracia de nuestro Señor esté siempre con ustedes!

Todos los años en la misa de Adviento del 17 de diciembre, escuchamos el relato de la genealogía de Jesús del evangelio de Mateo: “Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. Judá engendró a Farés...” (Mt 1, 1-17). Pocas lecturas dan la impresión de ser más aburridas cuando el lector continúa recitando las 14 generaciones que van desde Abraham a David, las 14 desde David al destierro de Babilonia y las otras 14 desde el exilio hasta Cristo.

Pero una mirada atenta notará que el relato de la genealogía de Jesús de Mateo, compuesto simétricamente, es, de muchas maneras, mucho más sutil de lo que un observador superficial pueda pensar. Por ejemplo, en contra de la mentalidad patriarcal de aquel tiempo, Mateo ha insertado a cuatro mujeres en la larga lista de hombres, una innovación curiosa, pero fascinante. ¿Quiénes son estas mujeres? ¿Por qué están ahí? ¿Qué nos dicen sobre el Adviento?

En verdad, los lectores de Mateo debieron sentirse sacudidos al encontrar en la lista a Tamar, Rajab, Rut y Betsabé. Quizás hasta se ruborizaron al ver el nombre de Tamar. Ustedes recuerdan que el Libro del Génesis (38, 15 ss) narra que ésta se hizo pasar por una prostituta y que sedujo a su suegro Judá. Los gemelos nacidos de su ilícita unión, Farés y Zara, son precisamente los nombres que aparecen como antepasados de Jesús.

Los cristianos del siglo primero probablemente tuvieron reacciones encontradas, si bien mucho más favorables, con relación a la inclusión de Rajab en la lista. Era una prostituta, como muestra el libro de Josué (cf. Jos 2, 1 ss), pero el Nuevo Testamento la alaba por su fe y sus buenas obras (cf. Heb 11, 31 y Stg 2, 25). Ella escondió a los espías israelitas que se habían infiltrado en Jericó, facilitando así la toma de la ciudad. Cuando se derrumbaron las murallas (Jos 6, 20), sólo se salvaron Rajab y su familia. Nada sabemos sobre Salmón, mencionado en la lista como el padre del hijo de Rajab, pero uno se pregunta si no sería uno de los clientes de su prostitución.

De las cuatro mujeres, Rut aparece en las Escrituras, con mucho, como la mejor. Todos recordamos la extraordinaria fidelidad de esta extranjera hacia su suegra judía. En vez de abandonar a Noemí, Ruth dice: “Donde tú vayas yo iré; donde tú vivas, viviré; tu pueblo es mi pueblo, y tu Dios es mi Dios; donde tú

mueras, moriré y allí me enterrarán” (Rut 1, 16-17). Así pues, Rut acompaña a Noemí desde las llanuras de Moab hasta Belén donde su suegra la presenta a un pariente llamado Booz, con quien se casa. El hijo de este matrimonio mixto, Obed, será el abuelo del rey David.

La más chocante, tanto para los contemporáneos de Mateo como hoy para nosotros, es la cuarta mujer de la genealogía. Discretamente, Mateo no menciona su nombre, sino que la describe simplemente como la mujer de Urías. La tristemente famosa Betsabé, como recordamos, adulteró con David, quien después, en un intento de ocultar su embarazo, pidió a su marido que regresara de la batalla e intentó inducirlo para que tuviera relaciones sexuales con ella. Cuando el valeroso Urías se abstuvo (¡por motivos religiosos!) de tales relaciones, David lo mandó asesinar (cf. 2 Sam 11, 11 ss). Betsabé, después de guardar brevemente luto por la muerte de su marido (2 Sam 11, 26), se trasladó rápidamente a la residencia de David y dio a luz un hijo que murió casi inmediatamente. Su segundo hijo fue Salomón, conocido por su sabiduría. Pero Salomón, desoyendo la advertencia del Señor (1 Re 11, 1 ss), anduvo detrás de innumerables mujeres extranjeras (¡tuvo 700 esposas y 300 concubinas, nos dice el Libro de los Reyes!) y éstas apartaron su corazón del Dios de Israel. De entre los hijos de David, su nombre es el que aparece en la lista de los antepasados de Jesús.

Ninguno de los nombres de estas mujeres se encuentra en la genealogía de Jesús del evangelio de Lucas. ¿Por qué Mateo los incluye? En este Adviento, ¿qué nos dice su presencia en la lista?

Fundamentalmente, Mateo quiere decirnos que el Espíritu de Dios guía la historia humana. Dios usa lo inesperado para cumplir sus planes. La historia humana no es una cadena lineal de acontecimientos que desembocan en una conclusión ya prevista. Implica pecado y conversión, éxitos y fracasos, héroes y villanos. Pero la providencia de Dios gobierna la historia. Endereza los caminos torcidos y allana los escabrosos. Y, en última instancia, el amor de Dios se impone, como se reveló en la persona de Jesús.

Parece también evidente que Mateo tiene un segundo motivo para insertar a estas cuatro mujeres en una genealogía que, de otro modo, sería toda ella masculina. Todas ellas son gentiles. Tamar y Rajab eran cananeas, Rut era moabita y Betsabé probablemente era hitita. Su presencia en la lista prefigura el papel del Mesías, que abre el plan salvador de Dios a los gentiles. Mateo está afirmando que los gentiles forman parte del linaje de Jesús y parte también de su futuro.

Permítanme ofrecerles en este adviento dos reflexiones vicencianas sobre esta lectura tan rara:

1. A medida que su vida fue avanzando, San Vicente reflexionó, más y más, sobre el misterio de la providencia de Dios. La confianza en la providencia se

convirtió en una de las claves de su espiritualidad. En 1648, escribe a Jean Barreau: “No podemos asegurar mejor nuestra felicidad eterna que viviendo y muriendo en el servicio de los pobres, en los brazos de la Providencia y en una renuncia actual a nosotros mismos, para seguir a Jesucristo” (SV III, 392 / ES III, 359). Vicente estaba absolutamente convencido de que “todo contribuye al bien” (Rom 8, 28) para aquellos que aman a Dios y buscan cumplir su voluntad. Dice a Luisa de Marillac: “En el nombre de Dios, no [nos extrañemos] de nada. Dios hace siempre las cosas para lo mejor”(SV III, 213 / ES III, 191). Vicente cree que Dios gobierna la historia y que nada escapa a su poder, que existe un plan conductor que sobrepasa nuestra comprensión y da sentido a los acontecimientos de la vida. Para Vicente, quienes confían en la providencia son capaces de hallar sentido a los extremos de la existencia humana: la luz y la oscuridad, la gracia y el pecado, la paz y la violencia, la planificación y la alteración de los planes, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte.

Como Mateo, Vicente se mantuvo con confiada reverencia ante el misterio de Dios, revelado en Cristo, en quien se integran vida, muerte y resurrección. Mateo fue capaz de ver a Dios actuando cuando Tamar sedujo a su suegro, actuando en la connivencia entre Rajab, la prostituta, y los espías de Israel, en la inesperada unión entre Rut, la moabita, y el judío Booz, y en el adulterio de David y Betsabé. Vicente confió también profundamente en el “plan secreto” de Dios (cf. Col 2, 2-3), incluso cuando experimentó la muerte de los misioneros que envió a Madagascar, las guerras de religión en Lorena, las maquinaciones del cardenal Mazarino y las tumultuosas masas de pobres abandonados de París.

Este Adviento les animo a meditar en el misterio de la providencia, tanto en su propia vida como en la amplia historia de la humanidad actual. ¿Confiamos profundamente, como San Vicente, en que un Dios amable y personal nos guía a cada uno de nosotros y guía los acontecimientos de la historia contemporánea, incluso los trágicos? Éste, ciertamente, es un gran reto al ver las guerras y las amenazas de guerra, los continuos ataques terroristas y las formas de pobreza y enfermedad que los actuales recursos humanos podrían realmente vencer, pero que la voluntad del mundo no acierta a resolver.

2. Este Adviento también les pido que levanten sus ojos hacia los extremos de la tierra. Acojan el universalismo que Mateo sutilmente introduce en la genealogía de Jesús al incluir entre los antepasados de Jesús a dos cananeas, una moabita y una hitita. Mateo continúa este tema con la historia de los Magos, gentiles venidos de oriente para adorar al Señor recién nacido. Y concluye su evangelio con el vibrante mandato misionero universal: “Me han concedido plena autoridad en cielo y tierra. Poneos, pues, en camino, haced discípulos a *todos los pueblos* y bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo

y del Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que os he mandado. Y sabed que *yo estoy con vosotros* todos los días hasta el final de este mundo” (Mt 28, 18-20). Este mandado de despedida combina a la vez, de modo interesante, el universalismo (“todos los pueblos”) y la providencia (“yo estoy con vosotros”).

En éstos últimos años, nuestra Familia Vicenciana ha crecido rápidamente, extendiéndose a muchos países de todos los continentes. En el siglo XXI, nuestras reuniones internacionales experimentarán la participación creciente de asiáticos, isleños del Pacífico, africanos y latinoamericanos que, junto con los europeos y los norteamericanos, serán miembros de una verdadera familia universal. Personas de piel negra, morena, amarilla, roja y blanca trabajarán unos junto a otros en proyectos al servicio de los pobres. Se sentarán unos junto a otros para profundizar en las causas de la pobreza. Trabajarán juntos en misiones laicales patrocinadas por MISEVI. Juntos rezarán y juntos cantarán en celebraciones de la Eucaristía. Espero que el carácter multirracial de nuestra Familia Vicenciana del siglo XXI sea un testimonio claro de la unidad del género humano y una continua fuente de riqueza para todos nosotros, y no un motivo de prejuicios.

Como señala nuestra *Ratio Missionum*, publicada recientemente, el misionero debe estar atento a “las semillas del Verbo” enterradas en las diferentes culturas de todo el mundo y debe entrar en diálogo intercultural e interreligioso de modo paciente y perseverante. Sólo a través del diálogo confiado pueden curarse las heridas de la cristiandad dividida y apagarse la violencia que, con tanta frecuencia, ha estallado entre cristianos, musulmanes y judíos.

La genealogía aparentemente aburrida de Mateo hoy nos plantea un reto muy apropiado: ¿permanecemos aislados, como Mateo temía que fuese el caso de muchos de sus lectores? ¿Estamos tan embebidos en nuestro propio trabajo y en nuestra provincia que rara vez alzamos la mirada hacia el ancho mundo de los pobres de otros continentes y hacia nuestros hermanos y hermanas que allí les sirven? ¿Nos sentimos miembros de una Familia universal y vivimos en solidaridad activa con quienes son aún más pobres que nosotros, compartiendo con ellos nuestro amor afectivo y efectivo, parte de nuestros bienes materiales y nuestra oración?

Éstos son mis pensamientos en este Adviento. Con ustedes, en el espíritu del evangelio de Mateo, rezo para que esta Navidad sea un tiempo de confianza pacífica en la providencia de Dios hacia todos nosotros, para que, como siervos de los pobres, nosotros mismos seamos signos de esa misma providencia amorosa hacia los otros y para que, como Familia misionera, nos entreguemos generosamente a la misión universal del Señor recién nacido.

Su hermano en San Vicente,

Robert P. Maloney, C.M.  
Superior General